

## FINAL DE LA HISTORIA Y PARUSÍA DE CRISTO

La gran obra de Tomás, la *Summa Theologiae*, está incompleta por lo que se refiere a la escatología<sup>1</sup>. Para extraer su visión de la Parusía (II) como final de la historia (I), habrá necesidad de recurrir también a otras obras suyas.

**1. El final de la historia.** El hombre alcanza su plenitud “no inmediatamente”<sup>2</sup> sino a través de “un gran número de actividades”<sup>3</sup> en una edificación “creciente” a lo largo de su vida<sup>4</sup>. También la historia es concebida a modo de un movimiento que va de lo imperfecto a lo perfecto. Ese movimiento tiene un punto final (a); y estamos ya en su última fase o *estado* (b).

a) *No habrá más tiempo* (Ap 10, 5). Siguiendo a los Padres, Tomás afirma que el movimiento del cielo cesará. Esto lo sabemos por los “documentos de los Santos”, y “se explica más por la fe, ya que por la razón no se puede demostrar”. Se trata del término de un movimiento. Todo movimiento depende de un principio (ya que nada pasa de la potencia al acto, sino por un ser en acto). El principio del movimiento del cielo es “alguna substancia separada, como Dios o las inteligencias” y “de este principio activo separado” depende también el fin de tal movimiento. Ahora bien, todo agente obra por un fin, por una finalidad. ¿Cuál es? “Afirmamos que el movimiento del cielo es para completar el número de los elegidos”. Así una vez “que se alcanza un determinado número de almas racionales, cesará el movimiento”. Todavía “se puede sostener con probabilidad” que el cosmos continúe con su movimiento, así se daría “una semejanza con Dios al causar”. La otra posibilidad es que cese, y “es nuestra posición” que está en armonía con la fe: “una vez completado el número de los elegidos, se terminará el movimiento de los astros” (*De Pot*, 5, 5).

El movimiento de las creaturas “está orientado por el orden de la sabiduría divina” (*De Pot*, 5, 5 ad 3). El fin principal de tal movimiento es el de completar el número de los

<sup>1</sup> En el prólogo a la *Tertia Pars* había anunciado ya la parte escatológica con los dos temas principales (*bienaventuranza y resurrección*) que pensaba tratar. El Autor de estos dones-efectos “mostró en sí mismo” estos efectos, y es también Aquel “por el cual llegamos resucitando a la bienaventuranza”. Tomás murió antes de completar su explicación sobre el sacramento de la penitencia, cfr. *STh* 3, 90, 4.

<sup>2</sup> Sigue el esquema *exitus-reditus*, donde el retorno del hombre a Dios se torna difícil: por la beatitud sobrenatural a la cual es llamado, por la corrupción de su cuerpo y a causa del pecado, cfr. *STh* 1, 62, 2, ad 2. En 1, 62, 2 ad 3, distingue tres movimientos de la voluntad, o tres tipos de conversión a Dios. Cfr. *STh* 1, 62, 5, ad 1: “...homo secundum suam naturam *non statim* natus est ultimam perfectionem adipisci...”; 1-2, 5, 1, ad 2.

<sup>3</sup> Poseer el bien perfecto sin ningún movimiento es propio de solo Dios (*solius Dei proprium est*), al hombre le conviene moverse hacia su felicidad con sus actos libres que son como sus pasos; además la felicidad a la cual Dios lo llama excede a toda la naturaleza creada, por tanto conviene “que el hombre llegue a ella a través de muchos pasos que se llaman méritos” (*STh* 1-2, 5, 7).

<sup>4</sup> Sobre la gradualidad y mutabilidad en el obrar: cfr. *STh* 1, 62, 5, ad 1; 1-2, 3, 2, ad 4; 97, 1; 2-2, 57, 2, ad 1.

elegidos, aunque existe otro fin último. En efecto “el fin último-último de cada cosa es la bondad divina en cuanto la creatura en cierto modo puede alcanzarla: ya sea por semejanza, ya se por la debida familiaridad” (*De Pot*, 5, 5 ad 6).

Ya se dió una “primera perfección del universo”, en “la creación de todas las cosas de la nada”, y esto “lo hizo Dios por sí mismo”. Pero se dará una última perfección “cuando se realice la consumación del orden de los bienaventurados” a lo cual están ordenados los otros movimientos de las creaturas. El Aquinate distingue dos tipos de movimiento “algunos son naturales” como el de los astros, “otros en cambio son voluntarios” como la ayuda de los ángeles “enviados a quienes han de recibir la herencia de la salvación”. Conseguida tal consumación (*el número de los elegidos*) y permaneciendo inmutable (*no se podrá cambiar*), todo lo que a ella se ordena cesará (*De Pot*, 5, 5, ad 13). Así, no cesará “por algún movimiento contrario”, “sino sólo por la voluntad de quien lo mueve” (*De Pot*, 5, 5 ad 21).

b) *La última edad del mundo*. En su *Comentario a las Sentencias* explica la expresión: *estamos en la última hora* (*1Jn* 2, 18), la cual no se refiere a una cantidad determinada de tiempo, sino indica la “nueva condición del mundo” que es la última edad. No está definido cuanto dura, tal como sucede con la ancianidad. Por eso el Apóstol excluye un modo falso de entender estas expresiones como *si el día del Señor fuese inminente* (*In 4S* d. 47, 1, a. 1, qcl. 3 ad 3). Los estados del mundo (de los hombres) se escalonan de acuerdo a la cercanía con la salvación. “No existió ningún estado o condición” en el cual “estuviese cerrada la vía de la salvación para el género humano” así “tampoco existe ninguna edad de un único hombre en el cual se le cierre el camino de la salvación” (*In 4S* d 4, q. 3, a. 1, qc. 1).

Existen otras expresiones en la Escritura (cfr. *1Cor* 7, 29; 10, 11; *1Jn* 2, 18) donde se indica que el tiempo es “breve”, o que el fin “está cerca”. Estas expresiones “no hay que interpretarlas en el sentido de cercanía temporal”, sino respecto “a la disposición del estado del mundo” (*De Pot* 5, 6, ad 9). Aquí el Aquinate habla de 3 “estados” o condiciones de los hombres, como de 3 grandes períodos de la historia: la ley de la naturaleza, la ley antigua, la ley evangélica. A la ley evangélica “no sucederá otro estado”, sino la consumación o gloria o “patria”. Por eso estamos “en los últimos tiempos”, en el último estadio previo a la patria.

Comentando la expresión paulina: “*estamos en los últimos tiempos*” o en “la última edad”, explica que las “edades del mundo” se toman en comparación con las edades de un hombre<sup>5</sup>. Estas edades “se distinguen según el estado del progreso” y “no según el número de

<sup>5</sup> Comparación tomada del *De Civ. Dei*, libros 13-17, citado en varias obras: *In 4S* d. 40, *exp.*; *In Mt* c. 17, lc. 1, n. 1418; *STh* 3, 1, 6, ad 1. Para las edades del mundo en los Padres: Luneau A., *L'histoire du Salut chez les Pères*

los años”. Por eso podemos afirmar que “estamos en la última edad”, ya que después de esta “no existe otro estado de salvación”. Así como un “anciano” (edad que inicia a los 60 años, pero puede durar lo mismo que las edades precedentes: niñez, adolescencia...); de modo semejante no falta “otro estado para la salvación” (*In Hb* c. 9, lc. 5)<sup>6</sup>.

En la *Suma* se pregunta si la nueva ley durará hasta el fin del mundo, y explica que “el estado del mundo puede variar de un doble modo”: 1º) “según la diversidad de ley” y así el estado de la nueva ley sucedió al de la antigua, como lo perfecto a lo imperfecto. Ahora bien, ningún estado puede ser más perfecto que el presente, ya que nos introduce en el último, y es el más cercano e inmediato al fin último... 2º) “según el estado de los hombres” que varía según se relacionen más o menos perfectamente con la nueva ley (*STh* 1-2, 106, 4 y ad 1)<sup>7</sup>.

Según el estado de los hombres, las épocas fundamentales de la historia son tres: Antiguo Testamento, Nuevo Testamento y Patria<sup>8</sup>. Cristo es el principio que une las tres épocas. La plenitud, la consumación se ha incoado ya en Cristo (*plenitud de los tiempos*)<sup>9</sup>, pero se alcanzará plenamente sólo al final de los tiempos, cuando nuestro Señor volverá como Juez universal (cfr. *Mt* 25, 31-46) y transfigure nuestro cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo (cfr. *Flp* 3, 21). Queda aún un misterio de Cristo que esperamos: su Parusía<sup>10</sup>.

**2. Parusía como final de la historia.** Tomás distingue dos venidas de Cristo, afirmando que en ambas se realiza un juicio, en una a favor del mundo, en la otra sobre el mundo<sup>11</sup>. Este adviento se identifica con la *aparición* del Hijo del hombre<sup>12</sup>. Con algunos textos se explica qué entiende por “adviento” y los diversos efectos que producirá (a), y en especial, que es *en* y *por* esta última aparición gloriosa que se realizará la resurrección de los muertos (b).

a) *Adviento-venida*. El Hijo de Dios “vino” al mundo al asumir la carne, “vino” donde ya existía como Dios por esencia, presencia y potencia. Era “invisible”, vino para que fuese

*de l'Eglise*, Paris 1964; en el Aquinate: Seckler M., *Le Salut et l'histoire. La pensée de Saint Thomas d'Aquin sur le théologie de l'histoire*, Paris 1967.

<sup>6</sup> Sobre el sentido de la expresión “estado del mundo”: “la fe católica no enseña que la *sustancia* del mundo perecerá, sino que perecerá el *estado* en el cual está el mundo” y cita el texto de *1Cor* 7, 31 (cfr. *In Job* c. 14).

<sup>7</sup> La división en 3 “estados” está tomada del Pseudo-Dionisio. Se habla también de dos tipos de conocimiento que el hombre tiene, ahora es como *en espejo*, allí será *cara a cara* (*1Cor* 13, 8).

<sup>8</sup> En esta división se funda el “sentido espiritual” de la Escritura (tipológico, anagógico, moral), cfr. Arias, *Historia y teología. La interpretación de la Escritura en santo Tomás*, en *Salmanticensis* 22 (1975) 510-511.

<sup>9</sup> La encarnación como “plenitud de los tiempos” requeriría un estudio aparte: cfr. *In Is* c. 2; *In 3 Sent* d. 1, q. 2, a. 4; *4CG* 53 y 55; *STh* 3, 1, 6; 3, 35, 8; *In Gal* c. 4, lc. 2, n. 200, etc. Sobre la centralidad de Cristo en la historia: cfr. Illanes J. L., *Cristo, centro de la historia*, en *Burguense* 26 (1985) 75-103; Tabet M. A., *Ef 3,4-6 e l'epifania storica della salvezza, secondo San Tommaso*, en *La salvezza oggi*, Roma 1989, 543-551.

<sup>10</sup> Cfr. Ocariz-Mateo Seco-Riestra, *El misterio de Jesucristo*, Pamplona 1991, 418.

<sup>11</sup> Así por ejemplo, cfr. *In Jer* c. 33, n. 4; *In Jer* c. 23, n. 2; *In Jn* c. 3, lc. 3, 481-482.

<sup>12</sup> Dos términos, una misma realidad, *In Mt* c. 24, lc. 3, n. 1964: “*adventum, sive apparitionem Filii hominis*.”

“visible”<sup>13</sup>. El Hijo de Dios que vino por su Encarnación, “vendrá al fin del mundo, *Hch* 1, 11... *os llevaré conmigo*, glorificados en cuerpo y alma; *1 Ts* 4, 16...” (*In Jn* c. 14, lc. 1, 1860).

Se producirá entonces:

1º) La adhesión definitiva de la Iglesia-Esposa a Cristo (cfr. *In Mt* c. 25, lc. 1, 2028-2029).

2º) *Cristo conducirá a los hombres a la beatitud*: “para esto se realiza la venida de Cristo, para conducirnos a la felicidad” (*In 1 Tm* c. 6, lc. 3, 266)<sup>14</sup>; “cuando termine de conducir los fieles a fruir de Dios mismo” (*STh* 1, 108, 7, ad 1).

3º) *La consumación de la gloria perfecta*, “por eso que los santos desean la venida... pues entonces poseerán la gloria perfecta...” (*In Mt* c. 6, lc. 3, 586)<sup>15</sup>.

4º) *Se realizará la adopción definitiva*. “El adviento del Hijo de Dios es un gran acontecimiento, ya que por esto los hombres se hacen hijos de Dios... los hombres se hacen hijos de Dios por la asimilación a Dios”; y esto “según una triple asimilación... (I) *por la infusión de la gracia*... quienquiera posea la gracia que hace grato, se convierte en hijo de Dios... (II) *por la perfección de las obras*, pues quien realiza obras de justicia, es hijo... (III) *por la consecución de la gloria*, sea (a) en cuanto al alma por la luz de la gloria, *1 Jn* 3, 2...; sea (b) en cuanto al cuerpo, *Flp* 3, 21” por la resurrección (*In Jn* c. 1, lc. 4, 149-150)<sup>16</sup>.

5º) *Se producirá la máxima alegría o tristeza*: “Según su divinidad [de Cristo] no será visto sino sólo por los de corazón puro... pero según su naturaleza humana lo verán también los malos... los buenos lo verán para alegrarse, mientras los malos para su punición y tristeza” (*In Mt* c. 24, lc. 3, 1965-1966); “la gloria [de un amigo] es deleitable; mientras que la gloria y el poder [de alguno], para quienes le tienen odio, los contrista máximamente...” (*In 4S* d. 48, q. 1, a. 2, ad 4); profundísimo dolor por: “la indisposición que se da en los condenados, que no elimina la proporción natural por la cual están ordenados a la bondad divina, cuya imagen en ellos siempre permanece” (*In 4S* d. 48, q. 1, a. 3, ad 5)<sup>17</sup>.

6º) *Se producirá la derrota del Anticristo*: “...lo destruirá con el esplendor de su *parusía*, es decir, en su venida que todo ilumina... y se dice *iluminación* [*resplandor*], puesto que él pretendía oscurecer a la Iglesia, y las tinieblas se repelen con la luz, ya que todo lo que hizo el Anticristo, se mostrará que fue una mentira” (*In 2Ts* c. 2, lc. 2, 46).

<sup>13</sup> Cfr. *In Jn* c. 1, lc. 6, nn. 143-44; *In 1 Tm* c. 1, lc. 4, n. 39.

<sup>14</sup> La segunda venida introduce a los hombres en la fruición de Dios: *In 2 Tm* c.4, lc.1, n. 130.

<sup>15</sup> Ver también: *In 2 Tm* c. 4, lc. 1, n. 131; *In Jn* c. 3, lc. 1, n. 433.

<sup>16</sup> Cfr. *In 1 Tm* c. 6, lc. 3, 266; *In 2 Tm* c. 4, lc. 1, 130; *In Jn* c.1, lc. 6, 150. Sobre la acción del Espíritu Santo en esta asimilación al Hijo: *In Symb* a. 6, 969; *STh* 3, 23, 3; cfr. Biffi I., *La teología dei misteri di Cristo in S. Tommaso*, en *Studia Patavina* 21 (1974) 348; Ocariz F., *Hijos de Dios en Cristo*, Pamplona 1972, 82-111.

<sup>17</sup> Cfr. *In 4S* d. 48, q. 2, a. 1; *In 1 Cor* c. 1, lc. 1, 16; la manifestación definitiva de la gloria comienza de modo pleno para los justos en el segundo adviento, cfr. *In Jn* c. 14, lc. 3, 1938

7º) *La eliminación de todo mal y la posesión de todo bien.* Este último adviento de Cristo producirá la remoción de todo mal (de toda pena, de todo pecado, de la potestad del diablo, de la servidumbre del cuerpo) y la posesión del bien (la exaltación de los hijos de Dios hasta la visión cara a cara, cfr. *In Sal* 12, n. 1).

8º) *Se producirá la común resurrección.* “Esperamos dos cosas: la resurrección para ser conformados a Él... y también ser liberados de la pena futura” (*In 1 Ts* c. 1, lc. 1, 22); “vendrá a eliminar nuestras enfermedades y penalidades, y a configurarnos con el cuerpo de su gloria” (*In Jn* c. 4, lc. 6, 674). “Tres cosas realizará esta venida. (a) la común resurrección: *reformatá nuestro cuerpo...* A este cuerpo abyecto lo *reformatá*, es decir lo conformará a su propia forma... (b) la imitación de los santos... el cuerpo de Cristo ha sido glorificado por la gloria de su divinidad, así quienes lo imitan por la gracia y por la pasión, serán también glorificados... todos quedarán sujetos a Cristo, algunos para la salvación, otros para la pena: en los primeros ejercerá su misericordia, en los segundos su justicia” (*In Flp* c. 3, lc. 3, 145)<sup>18</sup>.

b) *Última aparición de Cristo y resurrección.* La condición “*gloriosa*” le viene al cuerpo por una redundancia de la gloria del alma. El alma de Cristo fue gloriosa desde el principio de su concepción, ya que gozaba de la perfecta visión de la divinidad. Esta gloria del alma, por disposición divina, no redundó en su cuerpo, para que se pudiese realizar el misterio de nuestra redención por medio de la pasión. Una vez cumplido este misterio, en el momento de la resurrección, el alma derivó al cuerpo esta gloria, convirtiéndolo en cuerpo glorioso (*STh* 3, 54, 2). La disposición de un cuerpo glorioso es la de ser “*espiritual*”, es decir sujeto al espíritu (cfr. *1 Cor* 15, 44). Toda acción del cuerpo queda bajo el dominio del espíritu<sup>19</sup>. Cristo resucitado tiene esta disposición, no sólo por la condición gloriosa de su cuerpo, sino también en virtud de su divinidad<sup>20</sup>. La humanidad de Cristo, ahora oculta en la gloria, se aparecerá

<sup>18</sup> Sobre la resurrección de Cristo y la nuestra: cfr- P. Rodríguez, *La resurrección de Cristo en el pensamiento teológico de Santo Tomás de Aquino*, en AA.VV., *Veritas et Sapientia*, Pamplona 1975, 317-351; Ocáriz F., *La resurrección de Cristo en el pensamiento teológico de Santo Tomás de Aquino*, en AA.VV., *Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre*, Pamplona 1982, 749-773; Ocáriz F., *Estudio de la resurrección de Cristo en cuanto causa de la resurrección de los hombres, según la doctrina de Santo Tomás de Aquino*, *ibid.* 969-984; Lafontaine R., *La Résurrection et l'exaltation du Christ chez Thomas d'Aquin*, Diss. PUG, Roma 1983; Torrell J. P., *La causalité salvifique de la résurrection du Christ selon saint Thomas*, en *Rev Th* 96 (1996) 179-208.

<sup>19</sup> Un cuerpo “*glorioso*” es *invisible* en razón de su excedencia; es *visible* en cuanto a la carne, pero excede la capacidad del cuerpo no glorificado, cfr. *In 1 Tm* c. 4, lc. 3, 270; *STh* 3, 55, 2, ad 2. En la *naturaleza del cuerpo glorioso* y en su poder está el permitir ser visto o no, *según quiera*, por otro cuerpo no glorioso, cfr. *In Jn* c. 21, lc. 1, 2572; *STh* 3, 55, 6. Por su condición *gloriosa* escapa a las posibilidades de un conocimiento común y requiera una *revelación*, cfr. *STh* 3, 55, 1; ver: Schontz J., “*La manifestation de la résurrection*” *chez Sain Thomas*, en *San Tommaso e l'odierna problematica teologica*, Roma 1974, 106. El cuerpo resucitado de Lázaro era visible sin necesidad de una revelación porque no era un cuerpo glorioso, cfr. *STh* 3, 55, 2, ad 3.

<sup>20</sup> Cfr. *STh* 3, 54, 1, ad 2; *In 1 Cor* c. 15, lc. 6, 984-988, sobre la condición *espiritual* del cuerpo resucitado, ver: *In 4S* d. 49, q. 4, a. 5, q. 3; *STh* 1, 97, 3; *Comp Theol* c. 168, 332; *4CG* 86; *STh* 3, 54, 2, ad 2; 3, 55, 6.

entonces a todos<sup>21</sup>. En la gloria futura Cristo “se aparecerá como es” (*In Jn* c. 21, lc. 1, 2572). Por eso Tomás habla de “revelación” para referirse a la Parusía (cfr. *In Mt* 24, lc. 3, 1965)<sup>22</sup>.

Nuestra resurrección no se produjo después de la de Cristo, ni se produce en la muerte de cada persona, sino que la divina sabiduría ha determinado el momento propio<sup>23</sup>, que será “al fin del mundo”<sup>24</sup>, “al fin del tiempo”<sup>25</sup>, “en el juicio futuro”<sup>26</sup>.

La resurrección se producirá en “*un abrir y cerrar de ojos*” (*1 Cor* 15,52). Comentando esta frase del Apóstol, Tomás rechaza como erróneo el milenarismo y la postura de quienes sostenían un juicio de mil años, ya que todos resucitarán y serán juzgados en un momento<sup>27</sup>:

“si nos referimos a la recolección de las cenizas... entonces *momento* se toma como tiempo imperceptible... Si nos referimos a la reunificación de los cuerpos y su unión con las almas, que será hecho por Dios, entonces *momento* significa un instante de tiempo, porque Dios en un instante une el alma al cuerpo y vivifica el cuerpo” (*In 1 Cor* 15, lc. 8, 1006)<sup>28</sup>.

La resurrección común en un instante o “momento” se dará en la Parusía de Cristo:

“la causa de la resurrección común es la resurrección de Cristo... Para mostrar que Cristo es la causa, dice que a la presencia de Cristo todos los muertos resucitarán. Para realizar la resurrección común concurren tres causas. Una principal, el poder divino; la segunda instrumental, a saber la humanidad de Cristo; la tercera ministerial, que es la intervención de los ángeles... Por eso habla de estas tres causas. Primero la humanidad de Cristo gloriosa... Tercero la virtud de la divinidad, cuando dice **la tuba de Dios**. Este es el poder divino que se dice voz del arcángel en cuanto se hace por ministerio de los ángeles y la tuba de Dios, en cuanto se hace por virtud divina...” (*In 1 Ts* c. 4, lc. 2, 98-99).

El Aquinate explica estas tres causas: la *instrumental* es el poder de la humanidad gloriosa de Cristo; la *principal* es el poder divino que puede actuar a través de un sonido corporal, o también “la virtud divina de Cristo presente y manifiesta a todo el mundo” (n. 99); la causa instrumental actúa con virtud propia, pero es utilizada por la causa principal para producir su efecto. En un pasaje, Tomás explica el poder que posee la voz de Cristo:

<sup>21</sup> Cfr. *In 2 Ts* c. 1, lc. 2, n. 14. Conviene que sea “a todos” por su finalidad propia: la resurrección de los muertos (especialmente la conformación de los santos a su cuerpo glorioso) y el juicio universal.

<sup>22</sup> Cfr. *In 4S* d. 47, a. 1, q. 2, ad 3; *In 2 Ts* c. 1, lc. 2, 14; *In 1 Tm* c. 6, lc. 2, 264; *In Jn* c. 17, lc. 6, 2253.

<sup>23</sup> Cfr. *In 1 Cor* c. 15, lc. 2, n. 915; *In 1 Cor* c. 15, lc. 3, n. 947; *In 1 Ts* c. 4, lc. 2, n. 98.

<sup>24</sup> Cfr. *In Job*, c. 19: “in novissimo”; *In 4 Sent* d. 43, q. 1, a. 3, q. 1, s.c. 2: “omnes simul resurgent”.

<sup>25</sup> Cfr. *In 4 Sent* d. 43, q. 1, a. 3, q. 4, ad 1; *4 CG* 83.

<sup>26</sup> Cfr. *In Jn* c. 5, lc. 5, n. 787; n. 789; lc. 4, nn. 762 y 779.

<sup>27</sup> Para un estudio de los Padres sobre la interpretación literal y no alegórica de *Ap* c. 20, se puede ver en: Alcañiz-Castellani, *La Iglesia Patristica y la Parusía*, Buenos Aires 1962; Santo Tomás parece seguir en esto al “segundo” Agustín (que tuvo dos posturas, una primera a favor del milenarismo y otra más moderada) y a San Jerónimo: cfr. *In 4 Sent* d.43, q.1, a.3, q.1, ad 3 y ad 4 (= *Suppl* 77, 1, ad 3 y 4); ambos rechazaron todo milenarismo debido, quizás, al gravísimo peligro de confundir el milenarismo espiritual con el carnal.

<sup>28</sup> Cfr. *In 4 Sent* d. 43, q. 1, a. 3, q. 3 (*Suppl* 77, 4): “illud quod fiet virtutem divina immediate, fiet subito...”

“la voz de Cristo se dice *grande* en virtud de la magnitud de su poder: pues tanto fue su poder que resucitó a Lázaro muerto desde hacía cuatro días, como si despertase del sueño a alguien que duerme... Esta gran voz es representativa de aquella gran voz de la resurrección común, por la cual todos resucitarán de sus tumbas...” (*In Jn* c. 11, lc. 6, 1557).

En la resurrección de los muertos, toda la naturaleza obedecerá a esta “voz”. Voz que corresponde a Cristo en cuanto Hijo de Dios, pues todo obedece al Verbo de Dios (cfr. *In Jn* c. 5, lc. 4, 780). Esta “voz” será “el signo sensible del Hijo de Dios, por la cual todos los muertos resucitarán... voz que ciertamente tendrá poder por la divinidad de Cristo” (*In Jn* c. 5, lc. 5, 790). Voz de Cristo que designa la causa inmediata de la resurrección<sup>29</sup>.

Una causa instrumental puede ejercer la función de causa principal con respecto a otra que reciba su moción<sup>30</sup>. En una jerarquía de causas instrumentales, sólo la primera es la principal, y la última no puede ser exclusivamente instrumental, ya que su actividad de instrumento implica esencialmente una actividad propia, connatural y principal. Existe causalidad instrumental donde una causa obra en comunión con la otra, de tal modo que la obra propia del instrumento está subordinada a la obra propia de la principal. La causa motriz eleva la operación propia de la causa movida a la altura de la propia operación. Tomás usa un ejemplo:

“en Cristo, la obra propia de su operación divina es distinta de la obra propia de su operación humana; así, es obra propia de la operación divina la curación del leproso, mientras que la obra propia de la naturaleza humana es el contacto con el enfermo. No obstante, ambas operaciones concurren en una misma obra, dado que ambas naturalezas actúan comunitariamente...” (*STh* 3, 19, 1, ad 5).

Por un lado aparece la operación propia divina: la curación (en nuestro caso sería “la resurrección común”), y por otro la operación propia humana: el contacto entre la carne de Cristo con el leproso (en nuestro caso, “la Parusía misma”).

Con estos elementos podemos decir que *el punto de contacto* será la voz de Cristo, la *presencia de su humanidad gloriosa, manifiesta* a todo el mundo. Así la Parusía no sólo será el *momento* de la resurrección, sino también *su causa instrumental*. Un instrumento es “medio” entre una causa primera y lo causado (cfr. *2CG* 21). La Parusía será el instrumento *por el cual* Dios, *en y por* Cristo, resucitará a los hombres: “participando en la gloria del cuerpo de Cristo, nuestros cuerpos se hacen gloriosos” (*STh* 3, 56, 2, ad 1). Así, Dios *en y por* la Parusía de su Hijo resucitado vivificará los cuerpos de todos los hombres y consumará el tiempo y el

<sup>29</sup> Tomás habla de los distintos modos en que se puede interpretar esta voz: del arcángel, del sonido de la tuba, o la misma presencia de Cristo (sigue en esto a san Gregorio), cfr. *In 1 Cor* c. 15, lc. 8, 1008.1010.

<sup>30</sup> La causa instrumental es *movens motum*, cfr. *De Malo* q. 4, a. 1, ad 16; *De Ver* q. 27, a. 4c.

universo<sup>31</sup>. Y esto se difiere, no porque a Cristo le falte ese poder, sino para conservar el orden querido por Dios (cfr. *In 1 Cor* c. 15, lc. 3, 947); para que *en y por* la Parusía de su Hijo se realice la consumación del universo (cfr. *STh* 1, 73, 1 y ad 1).

Las expresiones de Tomás (“*Cristo resucitado*” o “*Cristo resucitando*”) parecen no ser contrapuestas sino complementarias. La Parusía podría ser el punto privilegiado donde se ve esta complementariedad: la resurrección de Cristo causará nuestra resurrección mediante la manifestación de su humanidad gloriosa<sup>32</sup>. Esta interpretación parece estar en armonía con las enseñanzas del Aquinate sobre otros misterios de la fe: 1º) con la sabiduría de Dios que llevará a consumación el universo; 2º) con el fin propio de la Parusía que es el juicio, en el cual la naturaleza humana glorificada del Hijo aparecerá, introduciendo a los justos en la beatitud y mostrando a los pecadores, en sus llagas, el amor de Dios que ellos rechazaron; 3º) con el misterio del Verbo encarnado y su obra redentora; 4º) con la Parusía en cuanto manifestación del cuerpo glorioso de Cristo, instrumento adecuado, punto de contacto con el efecto al cual imprime su semejanza: la resurrección; 5º) y con nuestra santificación que, instrumentalmente, nos llega a través de signos sensibles (sacramentos), la Parusía es como un “signo” que realiza también lo significado.

**Observaciones conclusivas.** Para el Aquinate la historia tendrá un final, el cual depende del orden de la sabiduría de Dios, que ha determinado el número de los elegidos. Cuando el último elegido para heredar la vida eterna sea concebido, o cuando realice su último acto virtuoso, el cosmos en su condición actual, la historia humana, habrá alcanzado su finalidad propia, por lo cual cesará. Esta última acción de Dios se realizará por Cristo quien en su Parusía revelará-iluminará a todas las creaturas intelectuales, especialmente los hombres, haciéndolos partícipes del conocimiento que Él tiene de las cosas, “todos verán todo de todos, y no habrá más preguntas”. Se producirá también la resurrección de todos los hombres por el “contacto” de Cristo resucitado con ellos a través de su última manifestación gloriosa. El Verbo encarnado que es la “vía del retorno del hombre a Dios”, *en y por* su Parusía introducirá a los elegidos, “resucitándolos”, a la “felicidad de la vida inmortal” (*STh* 3, prol.).

P. Marcelo Lattanzio, Lipa (Filipinas) 2018.

<sup>31</sup> Cfr. *In 4 Sent* d. 43, q. 1, a. 2, q. 2.; *In Jn* c. 5, lc. 4, n. 780; lc. 5, n. 790; *In 1 Ts* c. 4, lc. 2, nn. 98-99.

<sup>32</sup> Parece coincidir con lo señalado por F. Ocariz: “una presencia meta-histórica del hecho mismo de la Resurrección *in fieri*, por lo que se refiere a la misma humanidad de Cristo, no puede entenderse como una permanencia *in aeternum* del tránsito de muerte a vida, porque el estado de muerte, respecto al cuerpo del Señor, es sólo pasado y no ha penetrado, en sí mismo, en la eternidad. En cambio, sí es permanente –eterno por participación– el surgir de la nueva vida inmortal de Cristo. Esto quizás explica por qué Santo Tomás afirma que la causa eficiente de nuestra futura resurrección será *Cristo resucitado*, y otras veces que será *Cristo resucitando*. Misteriosamente, los dos conceptos de algún modo coinciden” (*La resurrección de Jesucristo*, p. 766).